

Las mocedades de un rey poeta

Era media tarde. La tristeza grisácea del día que se iba, llenaba el alma de una añorante congoja poética y suave, rimada con la eterna y sentimental cantata de la fuente que escondía el patio señorial del convento de San Agustín.

Las alas de la noche extendidas, majestuosamente coronadas de esmeraldas con una magnificencia oriental, posaron su beso maternal sobre la frente serena de la ciudad dormida al arrullo de los cantores nocherniegos que poblaban de mil sonidos distintos las quietas callejuelas de la Villa del Oso y del Madroño.

El rumor litúrgico de un canto religioso murmurado a la vez por las bocas castas de aquellas vírgenes encerradas entre los muros sombríos del convento de San Agustín, daba una serenidad miedosa a la obscura encrucijada de la rúa de San Juan; y por la cercana puente de Segovia se oía el ruido fresco y mansurrón del jacarero Manzanares, de quien se cuenta que un hidalgo arrojó el agua que le sobró en su copa, después de haber bebido, diciendo:—¡Toma, arroyo, para que no te mueras de sed!..

Doña Laura de Pozohondo, reclinada ante la retorcida figura de un Cristo sangriento alumbrado por la obscura luz de una lamparilla de aceite, parecía la estatua orante de una abadesa muerta en olor de santidad. Sus manos juntas unidas de una fé virgen en el ideal del más allá, dijéranse dos blancas palomas de plumaje cristalino posadas a los pies del Hacedor crucificado. Sus trenzas, de un negro claro, caían sobre su tostado cuello y parecían un puñado de hilos de seda desprendidos de una guirnalda artificial. En sus ojos rasgados y profundos, erraba una melancolía nómada y la añoranza espiritual de un paraíso lejano poblado de fantásticos seres, que su inteligencia perfumada de castidad creara al conjuro mágico de su ensueño virginal. Flor de Amor y Locura, formaban los pétalos ardientes de su boca, y la fragancia de mujer que rodeaba su cuerpo, daba a su figura esa aureola humana, pecadora y divina que enciende en eslabones de voluptuosidad la cadena de nuestros ensueños.

Ya era bien entrada la noche. Cantaba un ruiseñor y la tonada del pájaro poeta ponía un encanto nupcial entre las frondas; y de las negruras de la estrecha calle de San Juan se destacaron tres embozados que se situaron

frente al pórtico hidalgo del convento de San Agustín.

Poco después, la triste calle recibió el eco de una suave melodía de violines que entonaban música de amor y de pecado.

Sor Juana de los Dolores, noble dama que fué a la vez la más noble abadesa de la Orden, relataba a D. Antonio de Villegas las travesuras del diablo rondador. Eran muchas noches las que oyeron la música pagana saturada del incienso brujo de un misticismo amoroso.

Era D. Antonio de Villegas, hombre corpulento, de mirar noble, melena canosa y ojos tristes que rimaban con el ala de su enorme chambergo; vestía ropilla de raso negro, calzón y zapatos sin hebillas y espada de cazoleta plateada. Mostacho puntiagudo y perilla caballerisca adornaban su noble rostro. Hombre de armas más que de letras; le causaba cierto pavor la leyenda del diablo músico. Su mirada se perdió en el infinito, y reclinándose sobre el oído de la monja comenzó a mover sus labios mientras las pupilas de la dama se encendían con una llamarada de triunfo.

Olfa a tierra mojada, en las tapias del convento el jaramago verdinegro trepaba por sus desconchados trozos, el diablo rondador trepó decidido por las húmedas tapias; la arena del jardín acalló el rumor brusco del salto; bien pronto se orientó, y avanzó decidido hacia la celda de la monja Laura. En la puerta, el corazón le latía con violencia, pero anteponiendo a su acobardado ánimo su sonrisa de conquistador abrió decidido la puerta. Un resplandor amarillento le hirió en los ojos.

En medio de la celda, Laura de Pozohondo pálida y virginal en la noble serenidad de su último sueño, yacía con las manos cruzadas que sostenían un Santo Cristo de plata. Con la capa a las plantas y las pupilas vidriadas, el diablo rondador permanecía extático envuelto entre el clamor litúrgico de los latines mortuorios, que sonaban en sus oídos como abejorros odiosos que destrulan su felicidad.

Transcurrió un año. La serenísima persona del Rey D. Felipe IV miraba desde el balcón el verdor alegre del Pardo. Un caballero vestido con rico tabardo se acercó y habló con él largamente. El rey se irguió más pálido que nunca.

—¡Laura vive!—y sus ojos se volvieron a apagar tristemente.

—Pero ya es tarde, D. Gaspar. Eso fué un aviso del cielo. Viva tranquila la monja Laura; no he de importunarla más. ¡Y es muy bella la Hermana!..

En sus ojos profundos palpitaba temblona la perla de una lágrima. Entonces fué cuando era más poeta aquel rey trovador.

OLEGARIO ROMERO.

(5.º curso.)